

VIII

Rosalía había abandonado la casa, y Juana cumplió el término de su doloroso embarazo. Tantas penas la habían abrumado, que no hallaba placer ninguno en sentirse madre. Esperaba á su hijo sin curiosidad, agobiada aún por aprensiones de desgracias indefinidas.

La primavera había venido dulcemente. Los árboles, desnudos, se estremecían bajo la brisa, fresca todavía; pero en la hierba húmeda de las cunetas, donde se pudrían las hojas de otoño, empezaban á aparecer ligeras flores amarillas. De toda la llanura, de los patios, de las granjas, de los campos, salía cierto olor á humedad, como un sabor de fermentación. Y multitud de puntitos verdes brotaban de la oscura tierra, y lucían á los rayos del sol.

Una mujer gruesa, fuerte como un varal, reemplazaba á Rosalía, sosteniendo á la baro-

nesa en sus monótonos paseos á lo largo de su avenida, donde la huella de su pie más pesado quedaba incesantemente húmeda y enlodada.

Papaíto daba el brazo á Juana, ya muy torpe, y siempre dolorida, y tía Lison, inquieta, atareada por el próximo acontecimiento, la llevaba de la mano, turbada ante aquel misterio que jamás debía ella conocer.

Todos caminaban sin hablar durante horas enteras, mientras Julián recorría á caballo la comarca; gusto nuevo que de pronto se había apoderado de él.

Nada vino ya á turbar su sombría existencia. El barón, su esposa y el vizconde hicieron una visita á los Fourville, que, al parecer, eran antiguos conocidos de Julián, sin que nadie pudiese decir cómo habían hecho las amistades. Otra visita de cumplido cambiaron con los Briseville, que seguían encerrados en su mansión dormida.

Una tarde, á eso de las cuatro, viendo que dos jinetes, una mujer y un hombre, entraban al trote en el patio que precedía al castillo, Julián, muy animado, penetró en el cuarto de Juana:

—Pronto, pronto, baja. Ahí están los Fourville. Vienen como vecinos, sin etiqueta, sabiendo que estás mala. Di que he salido, pero que me esperas pronto. Voy á arreglarme algo.

Juana, asombrada, bajó. Una joven pálida, linda, con apariencia de dolor, ojos abiertos y cabellos de un rubio mate, como si nunca hubieran sentido la caricia de un rayo de sol, presentó tranquilamente á su marido, una especie de gigante, de *coco*, de grandes bigotes rojos. Luego añadió:

—Hemos tenido varias veces el gusto de encontrar á M. de Lamare. Sabemos por él que estáis enferma, y no hemos querido aplazar más el venir á veros, como vecinos, sin etiqueta, ya lo veis, pues venimos á caballo. Además, el otro día tuve la satisfacción de recibir la visita de vuestra señora madre y del barón.

Hablaba familiarmente, con gran facilidad y distinción. Juana se sintió seducida y quedó prendada de ella.

—Será mi amiga,—pensó.

Por el contrario, el conde de Fourville parecía un oso que había entrado en el salón. Al

sentarse puso su sombrero sobre la silla inmediata, dudó algún tiempo sobre lo que haría de sus manos, las apoyó en las rodillas, en los brazos de la butaca, y acabó por cruzar los dedos, como si rezase.

De pronto entró Julián. Juana, asombrada, no le reconocía. Se había afeitado. Estaba guapo, elegante y seductor como en el día de su boda. Estrechó la mano velluda del conde, á quien su llegada pareció despertar, y besó la mano de la condesa, cuya pálida mejilla se enrojeció un poco, y cuyas pupilas sufrieron un estremecimiento.

El vizconde habló; estuvo amable como antiguamente. Sus grandes ojos, espejos de amor, habíanse hecho acariciadores; y sus cabellos, mates y duros hasta entonces, habían adquirido bajo la pomada y el aceite perfumado sus blandas y relucientes ondulaciones.

En el momento de salir los Fourville, la condesa se dirigió á él.

—Querido vizconde, ¿queréis dar el jueves un paseo á caballo?

Y mientras él se inclinaba murmurando: «¡Ya lo creo, señoral!» volvióse ella hacia Juana, y

con voz tierna y penetrante, acompañada de una sonrisa afectuosa:

—¡Oh! Cuando estéis curada, galoparemos los tres por toda la comarca. Será delicioso. ¿Queréis?

Con un mohín encantador levantó la falda de su amazona; luego subió á la silla con rapidez de pájaro, mientras su marido, después de haber saludado torpemente, poníase á horcajadas sobre su recio caballo normando, que le daba cierta apariencia de centauro.

Cuando desaparecieron en la revuelta de la empalizada, Julián, que estaba encantado, al parecer, exclamó:

—¡Qué personas más amables! Ahí tienes un conocimiento que nos será útil.

Juana, contenta sin saber por qué, respondió:

—La condesita es arrebatadora, creo que la querré mucho; pero el marido me parece muy tosco. ¿Dónde los has conocido?

Julián se restregaba alegremente las manos.

—Los encontré casualmente en casa de los Briseville. Él parece algo brusco. Es un cazador rabioso, pero noble por sus cuatro costados.

Y la comida fué casi alegre, como si una secreta felicidad hubiese entrado en la casa.

Nada nuevo ocurrió ya hasta los últimos días de Julio.

Un martes por la tarde hallábanse los dos esposos sentados bajo el plátano, en torno á una mesa de madera que sostenía dos vasitos y una jarra de aguardiente, cuando Juana exhaló de pronto como un grito, y, poniéndose muy pálida, se llevó ambas manos á un costado. Un dolor rápido, agudo, había recorrido bruscamente todo su cuerpo, extinguiéndose en seguida.

Pero al cabo de diez minutos, experimentó otro dolor que fué mucho más largo, aunque no menos vivo. Casi llevada por su marido y por su padre, la costó trabajo entrar en casa. El corto trayecto del plátano á su cuarto se la hizo interminable, y gemía á pesar suyo, rogando que la permitieran sentarse, detenerse, agobiada por una intolerable sensación de peso en el vientre.

No era aún tiempo del alumbramiento, que no se esperaba hasta Septiembre; pero como se temía un accidente, el tío Simón enganchó á toda prisa el coche y partió á galope en busca

del médico. Éste llegó á media noche, y á primera vista reconoció los síntomas de un parto prematuro.

Los dolores habíanse calmado un tanto en el lecho, pero Juana sentía una horrible angustia, un desesperado decaimiento de todo su ser, algo como el presentimiento, el contacto misterioso de la muerte. Hay momentos en que ésta nos roza desde tan cerca, que su soplo nos hiela el corazón.

El cuarto estaba lleno de gente. Mamaíta, echada en un sillón, se ahogaba. El barón, cuyas manos temblaban, corría de un lado para otro, traía objetos, consultaba al médico, perdía la cabeza. Julián andaba de arriba abajo, turbado el rostro, pero sereno; y la viuda Dentú permanecía á los pies del lecho, con un rostro apropiado á las circunstancias, rostro de mujer experta que no se asombra de nada. Enfermera, comadrona, velaba á los muertos, y recibía también á los que vienen, recogiendo su primer grito, lavando su nueva carne en la primer agua, envolviéndole en el primer pañal, con la misma tranquilidad con que oía la última palabra, el último ronquido de estertor, el último estreme-

cimiento de los que se van, haciéndoles también su último tocado, esponjando con vinagre su gastado cuerpo, envolviéndole en el último traje; y todo esto habíala dado una inquebrantable indiferencia á todos los accidentes del nacimiento ó de la muerte.

La cocinera Ludivina y tía Lison permanecían discretamente ocultas junto á la puerta del vestíbulo.

Y la enferma, de cuando en cuando, exhalaba un débil quejido.

Durante dos horas pudo creerse que el suceso se haría esperar mucho; pero al rayar el día los dolores redoblaron su violencia, y bien pronto se hicieron verdaderamente espantosos.

Y Juana, cuyos gritos involuntarios se escapaban por entre sus dientes apretados, pensaba sin cesar en Rosalía, que no había sufrido, que casi no se había quejado, y cuyo hijo, el bastardo, había salido al mundo sin penas ni torturas. Allá en su interior turbado y deleznable hacía incesante comparación entre las dos, y maldecía á Dios, á quien antes había creído justo; se indignaba de las culpables preferencias del destino y de las criminales menti-

ras de los que predicán la rectitud y el bien.

A veces hacíase tan violenta la crisis, que se extinguía en ella toda idea, y se encontraba sin fuerza, sin vida, sin conocimiento más que para sufrir.

En sus momentos de calma no podía separar la vista de Julián; y otro dolor, dolor de su alma, la punzaba, recordándola aquel día en que su criada había caído al pie de aquel mismo lecho con su hijo entre las piernas, el hermano de aquel otro ser que tan cruelmente desgarraba ahora sus entrañas. Con una memoria sin sombras, rehacía en su espíritu los gestos, las miradas, las palabras de su marido ante aquella joven tendida en el suelo, y ahora leía en él, como si sus pensamientos estuviesen escritos en sus movimientos, el mismo fastidio, la misma indiferencia hacia ella que hacia la otra, la apatía del hombre egoísta, á quien irrita la paternidad.

Pero una convulsión horrible se apoderó de ella, un espasmo tan cruel, que se dijo:—¡Voy á morir!... ¡Me muero!—Y una furiosa rebeldía, necesidad de maldecir llenaba su alma, odio exasperado contra aquel hombre que la había

perdido y contra el hijo desconocido que la mataba.

Tendióse en un esfuerzo supremo para arrojar de sí aquel peso. La pareció que todo su vientre se vaciaba por completo, y su sufrimiento se aplacó.

La enfermera y el médico estaban inclinados sobre ella, la volvían; se llevaron algo, y pronto aquel ruido ahogado que ella había oído otra vez, la hizo estremecer; después ese grito doloroso, ese débil quejido de niño recién nacido se la entró en el alma, en el corazón, en todo su ser, en todo su pobre cuerpo agotado; y con un gesto inconsciente, deseó alargar los brazos.

Hubo en ella un sacudimiento de alegría, un impulso hacia una nueva felicidad que acababa de brotar. Hallábase en un momento libre, calmada, dichosa; dichosa como jamás lo había sido. Su corazón y su carne se reanimaban; se sentía madre.

¡Quiso conocer á su hijo! No tenía pelo, ni uñas, porque había venido demasiado pronto; pero cuando vió que aquella masa se movía, cuando le vió abrir la boca, exhalar sus vagidos, cuando tocó aquel engendro deslucido, gestero,

vivo, sintióse inundada por una alegría irresistible, comprendió que estaba salvada, garantida contra toda desesperación; que tenía allí algo á quien amar hasta el punto de no saber hacer más que eso.

Desde entonces tuvo sólo un pensamiento: su hijo. Hízose madre fanática, tanto más exaltada cuanto que había sido más herida en su amor, más burlada en sus esperanzas. Necesitaba que la cuna estuviese siempre al lado de la cama; y luego, cuando pudo levantarse, pasar días enteros sentada cerca de la ventana meciendo la frágil cuna.

Tuvo celos de la nodriza; y cuando la criaturilla, sedienta, tendía los brazos hacia el amplio seno de azuladas venas, y cogía entre sus labios golosos el botón de carne oscura y plegada, pálida y trémula miraba á la vigorosa y serena campesina, sintiendo deseos de arrancarla su hijo, y pegar y rasgar con sus uñas aquel pecho en que el pequeñuelo bebía con tanta avidez.

Quiso bordar por sí misma, para adornarle, telas finísimas de complicada elegancia, y le

envolvió en una bruma de encajes, ciñéndole la cabeza con magníficas gorritas. Sólo hablaba de eso; cortaba las conversaciones para enseñar un pañal, un babero ó alguna cinta superiormente hecha; y sin oír nada de cuanto se decía á su alrededor, extasiábase sobre las puntillas que ella volvía y revolvía entre sus manos en alto para mirarlas mejor, y de repente preguntaba:

—¿Os parece que estará bien con esto?

El barón y mamaíta se sonreían ante esta frenética ternura; pero Julián, turbado en sus costumbres, disminuído en su importancia dominante por la llegada de aquel tirano gritón y todopoderoso, celoso inconscientemente de aquel pedazo de hombre que le robaba su lugar en la casa, repetía á todas horas, impaciente y con cólera:

—¡Está pesada con su rorro!

Bien pronto se sintió de tal modo dominada por este amor, que se pasaba las noches sentada al lado de la cuna viendo dormir al niño. Esta contemplación apasionada y enfermiza, esta fatiga incesante, hacía que se debilitase; adelgazaba, tosía, y el médico dispuso que la separaran de su hijo.

Juana se incomodó, lloró, pero todos se hicieron sordos á sus súplicas. Todas las noches se dejaba al niño en la habitación de la nodriza, y á las altas horas la pobre madre se levantaba desnuda, é iba á acercar su oído á la cerradura de la puerta para convencerse por sí misma de que su hijo dormía tranquilamente, sin despertarse, y no necesitaba nada.

Así la encontró Julián una vez que volvió tarde de comer en casa de los Fourville, y desde aquel día la encerraron con llave en su cuarto para obligarla á permanecer en el lecho.

A fines de Agosto se verificó el bautizo, en que fué padrino el barón, y tía Lison madrina. El niño recibió los nombres de Pedro Simón Pablo; se le llamó por este último.

En los primeros días de Septiembre, tía Lison se marchó en silencio, y su ausencia fué tan inadvertida como su presencia.

Una tarde, después de comer, se presentó en la casa el cura. Parecía preocupado, como si llevase consigo algún secreto, y después de una conversación insignificante, rogó á la baronesa y á su esposo que le concediesen su atención, en particular, durante algunos minutos.

Salieron los tres, con paso lento, hasta el extremo de la gran avenida, hablando con animación, mientras Julián, que se había quedado sólo con Juana, estaba asombrado, inquieto, incomodado por aquel secreto. Cuando el sacerdote se despidió, empeñóse en acompañarle, y los dos salieron juntos, dirigiéndose á la iglesia, donde se oía el toque del *Angelus*.

Hacía fresco, casi frío, y á poco volvieron al salón. Medio dormidos estaban cuando Julián, con el rostro encendido, volvió, indignado al parecer.

Desde la puerta, y sin pensar que Juana estaba allí, gritó, dirigiéndose á sus suegros:

—¡Pero estáis locos, por vida de Dios! ¡Vais á dar veinte mil francos á esa chica!

Tan grande fué la sorpresa de todos, que ninguno le respondió. Y el vizconde continuó, ciego de cólera:

—¡No se debe ser tonto hasta ese punto! ¿Es que quereis dejarnos sin un real?

Entonces el barón, que iba reponiéndose trató de hacerle callar:

—¡Calláos! ¡Pensad que estáis delante de vuestra esposa!

Pero él temblaba de desesperación:

—¡Me cuido poco de eso! Además, ella no sabe lo que es esto: es un robo que la hacéis.

Juana, sorprendida, miraba, sin comprender. Balbuceó:

—Pero, ¿qué hay?

Entonces Julián volvióse hacia ella, la tomó por testigo, como á una asociada que también sufre perjuicio en un beneficio esperado. La contó bruscamente el complot para casar á Rosalía; la donación de la hacienda de Barville, que lo menos valía veinte mil francos. Y añadía:

—Es que tus padres son locos, locos de atar, querida. ¡Veinte mil francos! ¡Veinte mil francos! ¡Pero es que han perdido la cabeza! ¡Veinte mil francos para un hijo natural!

Juana escuchaba sin emoción, sin cólera, asombrándose ella misma de su calma, indiferente á todo lo que no fuese su hijo.

El barón se ahogaba, no encontrando nada que decir. Por fin estalló, y golpeando el suelo con el pie, gritó:

—Pensad en lo que decís, que es repugnante. ¿Quién tiene la culpa de que haya habido

que dotar á esa mujer? ¿De quién es ese hijo? ¿Queréis abandonarla ahora?

Julián, absorto ante la violencia del barón, le miraba con fijeza. Con tono más tranquilo, añadió:

—¡Pero si con mil quinientos había bastantel Antes de casarse, todas las mujeres tienen aquí un hijo. Sea de éste ó del otro, eso no importa. Aparte de que dando una de vuestras granjas, que vale veinte mil francos, á más del perjuicio que nos hacéis, es lo mismo que si dijérais á todos lo que ha sucedido; hubiérais debido pensar en nuestra situación y en nuestro nombre.

Y hablaba con voz serena, como hombre convencido de su derecho y de la lógica de su razonamiento.

El barón, turbado por esta argumentación inesperada, permaneció delante de él con la boca abierta. Entonces Julián, sintiéndose fuerte, presentó sus conclusiones:

—Afortunadamente, nada se ha hecho todavía; conozco al pretendiente; es un buen hombre, y con él podremos entendernos. Yo me encargo de todo.

Y salió al punto, por miedo sin duda á pro-

longar la discusión, satisfecho del silencio de todos, que tomaba por un sentimiento de aquiescencia.

En cuanto se fué, gritó el barón, aún sorprendido y trémulo:

—¡Oh! ¡Esto es demasiado! ¡Es demasiado!

Pero Juana, alzando los ojos sobre el rostro descompuesto de su padre, se echó á reir de pronto, con su risa franca de otro tiempo, cuando veía algo que le hacía gracia. Y decía:

—Padre, padre, ¿has oído cómo decía: *veinte mil francos?*

Y mamáta, tan propensa á reir como á llorar, al acordarse del semblante furioso de su yerno, de sus exclamaciones de indignación y de su vehemente negativa á que se diese á la joven seducida por él un dinero que no le pertenecía; contenta también por el buen humor de Juana, sintióse sacudida por una risa hiposa, que la arrasaba los ojos de lágrimas. El barón á su vez, invadido por el contagio, rompió á reir; y los tres, como en mejores días, se reían hasta ponerse malos.

Cuando se calmaron un poco, dijo Juana, asombrada:

—Es raro, pero nada de esto me lastima. Ahora le veo como á un extraño. Me parece que no soy su mujer. Ya veis, me río con sus... sus... sus faltas de delicadeza.

Y, sin saber por qué, abrazáronse los tres, temblando, pero sonrientes todavía.

Pero dos días más tarde, después de almorzar, apenas Julián acababa de salir á caballo, un mocetón de veintidós ó veintitrés años, vestido con blusa azul completamente nueva, de mangas abullonadas, abotonadas en los puños, franqueó silenciosamente la empalizada, como si hubiese estado acechando desde muy temprano aquel momento, se deslizó á lo largo del foso de los Couillard, dió la vuelta al castillo, y se acercó recatadamente al barón y á las dos mujeres, sentadas, como siempre, bajo el plátano.

Al verlas, habíase quitado la gorra, y se adelantaba, saludando torpemente.

En cuanto estuvo bastante cerca para hacerse oír, refunfuñó:

—Servidor vuestro, señor barón, señora y la compañía.

Y al ver que no le decían nada, añadió:

—Soy Deseado Lecoq.

Como este nombre no evocaba en él ningún recuerdo, el barón preguntó:

—¿Qué queréis?

Entonces el mozo se turbó ante la necesidad de explicarse. Bajando y levantando la vista sucesivamente desde su gorro, que conservaba entre las manos, hasta la torre del castillo:

—Es que el señor cura me ha hablado á propósito del negocio...

Callándose en seguida por miedo á soltar alguna palabra de más y comprometer sus intereses.

El baron, que no comprendía, añadió:

—¿Qué negocio? Yo no sé...

El otro, bajando la voz, se resolvió á hablar:

—El negocio de vuestra criada... Rosalía...

Juana, que había adivinado, se levantó, y se alejó con su hijo en brazos. Y el barón dijo:

—Acercáos, señalándole la silla que acababa de dejar su hija.

El aldeano se sentó en seguida, murmurando:

—¡Es usted muy bueno!

Luego esperó, como si nada tuviera que decir. Al cabo de un silencio bastante largo, de-

cióse por fin, y levantando los ojos hacia el cielo azul:

—¡Buen tiempo es éste para la estación! Lástima que la tierra no se aproveche de él.

Y se calló de nuevo.

El barón se impacientaba, y con voz seca abordó resueltamente la cuestión:

—¿Es decir que sois vos quien se casa con Rosalía?

Turbóse el hombre, sorprendido en sus costumbres de cautela normanda. Con voz más viva, pero desconfiada, replicó:

—Eso, según; tal vez sí, tal vez no; según.

Pero estas tergiversaciones irritaban al barón.

—¡Por vida de Dios! responded francamente.

¿La tomáis, sí ó no?

Perplejo el otro, no levantaba la vista de sus pies.

—Si es como me ha dicho el señor cura, sí la tomo; pero si es como me ha dicho el señor Julián, no la tomo.

—¿Qué os ha dicho el señor Julián?

—El señor Julián me ha dicho que me darán mil quinientos francos, y el señor cura me dijo que me darán veinte mil: yo quiero por

veinte mil, pero no quiero por mil quinientos.

A este punto la baronesa, que permanecía hundida en un sillón, se echó á reír á carcajadas ante la ansiosa actitud del rústico. Este la miró con el rabillo del ojo, sin comprender lo que aquella risa quería decir, y esperó.

El barón, á quien aquel regateo molestaba, cortó bien pronto la cuestión.

—He dicho al señor cura que se os dará la granja de Barville, para mientras viváis, pasando después á ser propiedad del niño. Esa granja vale veinte mil francos. Yo no tengo más que una palabra. ¿Está hecho, sí ó no?

El mozo sonrió con aire humilde y satisfecho, y volviéndose locuaz, exclamó:

—¡Oh! Si es así, no digo que no. Eso era lo único que lo impedía. Cuando el señor cura me habló de ello, quise hacerlo en seguida, y con mucho gusto, porque así servía al señor barón, y «él me lo pagará,» decía yo. Cuando las gentes se sirven, se encuentran, ¿verdad? cuando se necesitan. Pero el señor Julián vino á verme y á decirme que no podían ser más que mil quinientos. Entonces me dije: «Hay que enterarse,» y he venido. No es que desconfiase; pero

quería saber... Las cuentas claras son las que hacen los buenos amigos. ¿No es así, señor barón?

Era preciso ponerle coto; el barón preguntó: —¿Cuándo queréis que se efectúe el matrimonio?

Entonces el hombre volviése tímido de pronto, se turbó. Por fin, dijo vacilando:

—¿No tenemos que firmar antes algún papel? Esta vez se incomodó el barón:

—Pero, caramba, si tenéis el contrato de matrimonio, ¿qué más queréis? Ese es el mejor papel.

El aldeano se obstinaba:

—Entretanto, podríamos firmar un papel; eso no estorba nunca.

El barón se puso en pie para terminar:

—Respondedme sí ó no, y pronto. Si no queréis, decidlo, porque tengo otro pretendiente.

El miedo á la competencia volvió loco al astuto normando. Se decidió, tendió la mano, como si acabase de comprar una vaca:

—Chocad, señor barón; está hecho. Sería un puerco el que se desdijese.

El barón chocó; luego llamó:

—¡Ludivina!

La cocinera asomó la cabeza por una ventana.

—Trae una botella de vino.

Bebieron, para *mojar* el negocio concluído, y el mozo partió mucho más ligero que había venido.

No dijeron nada de esto á Julián. Preparóse en secreto el contrato, y, una vez publicadas las amonestaciones, la boda se celebró un lunes por la mañana.

Como prenda cierta de fortuna, una vecina llevó á la iglesia el muñeco, marchando detrás de los recién casados. Y nadie se asombró de esto en el pueblo; muchos envidiaban á Deseado Lecoq. Había nacido peinado, decían con sonrisa maliciosa, en que no había nada de indignación.

Julián dió un escándalo, que abrevió la estancia de sus suegros en los *Pueblos*. Juana los vió partir sin gran tristeza. Pablo era ya para ella una fuente inagotable de felicidad.

IX

Sintiéndose Juana completamente restablecida de su parto, resolvieron marido y mujer ir á devolver su visita á los Fourville y presentarse también en casa del marqués de Coutelier.

Julián acababa de comprar un nuevo coche, un faetón que sólo exigía un caballo, con objeto de poder salir dos veces al mes.

Engacháronle un día claro de Diciembre, y después de dos horas de camino á través de las llanuras normandas, empezó á descender en un vallecillo, cuyo suelo estaba en cultivo, y cuyos lados aparecían cubiertos de enramada.

Después de las tierras sembradas vinieron los prados, después un pantano lleno de grandes cañas, secas á la sazón, y cuyos largos tallos se movían agitados por el viento.

De pronto, después de un brusco recodo